



**Adolphe Gesché, *La paradoja de la fe*, Salamanca, Sígueme 2013, 158 pp.**

Recensión de Juan Quelas,  
en *Revista de teología* 120 (2016) 175-178

### «El camino de una vulnerabilidad» (p. 16)

Este libro recoge cuatro artículos de Gesché, escritos entre los años 1981 y 2003 (el libro indica que un artículo es de 2009: esa es la fecha de su publicación póstuma). Los temas que lo componen hubieran formado parte de un nuevo volumen de la serie *Dios para pensar*, que Gesché no pudo completar a causa de su muerte. El teólogo belga tenía proyectados, al menos, tres volúmenes más: octavo, *La fe*; noveno, *La teología*; décimo, *Diversas cuestiones* (este volumen aún no tenía título propio).

En Gesché hay siempre dos constantes: recoger el pensamiento que le ofrecen otras personas, aún de laderas distintas que la propia; pensar en exceso. Estos dos ingredientes siempre están presentes en el modo en el que Gesché amasa el pensamiento de la teología, y eso es lo que le da especificidad y tono, valía e hidalguía, espesor y novedad. También sigue este camino en este libro que se compone de cuatro capítulos, provenientes de sendos artículos de factura anterior, agrupados aquí bajo el título de «La paradoja de la fe». Es una buena elección para la edición, ya que la paradoja es un recurso constante en la obra de Gesché. «Las religiones se mueren por falta de paradojas», es una cita de Ciorán a la que Gesché apela varias veces (por ejemplo, en *Dios para pensar V*.

*El destino*, Sígueme, Salamanca 2007, 189). No se trata en su teología de un mero recurso estilístico o formal. Se trata de un modo de vivir la vida, la fe y la teología: «¿No sería mejor, de momento, la paradoja y descubrirla como algo sano?» (*El destino*, 201).

En el primer capítulo, «El lugar de la fe», Gesché afirma que, si la fe es una buena noticia, esa noticia debe ser oída. Y que para ser oída necesita re-sonar. Es un juego de palabras que contiene un proyecto epistemológico, ya que a Gesché le preocupa siempre el lenguaje en el cual la fe se articula para resultar audible. En este capítulo el teólogo no propondrá el contenido de la fe, sino los lugares y las condiciones en donde la fe puede y debe ser pensada y ejercitada. Sería como una cartografía de la fe. Parte de la convicción de que la fe no es un opcional de lujo de la vida, sino «una dimensión del hombre» (p. 14). Esa fe tiene dos lugares: uno ajeno, profano; otro propio, cercano. La fe debe articularse en ambos, pero sabiendo que mi lugar propio es también lugar de los otros; y que el lugar de los otros es también el mío propio. Hay una doble interrelacionalidad recíproca desde la cual la fe y la teología se ejercitan. Gesché está convencido (y es una constante en su teología) de que «el hombre que nos escucha en nuestra inmediata modernidad acaso esté más preparado y más cerca de lo que nos parece para poder entendernos» (p. 36).

En el segundo capítulo, «Fe y verdad», Gesché hace una apuesta osada: «La verdad merece todos los respetos, pero no que se la idolatre» (p. 40); «si la verdad fuera suficiente para la salvación, habría que darle la razón a los gnósticos» (p. 41); «en materia de fe se podría preguntar si la pretensión de alcanzar la verdad no es algo impertinente» (p. 42); «si se entiende bien, la verdad no es un sustantivo, sino un adjetivo. Por esto hoy se prefiere hablar de ‘verdadero’. Lo que es verdadero no es la verdad, sino algo o alguien. Decir la verdad no es invocar una hipóstasis que tenga consistencia propia y en sí» (p. 44). Es decir, el campo de pensamiento de la verdad debe articular una preservación de la idolatría; tener una perspectiva soteriológica; considerar una limitación epistemológica; asumir un planteo marginal. «Al decir esto estamos hablando de una auténtica deriva en la manera de entender la verdad. Los viejos esquemas, que se podrían calificar como metafísicos u ontológicos, no se muestran ya como suficientemente eficaces. La deriva hermenéutica y fenomenológica que han tomado tanto la filosofía como la teología nos llevan a una reorientación epistemológica. En ella el pacto con la verdad no queda abolido, sino que se establece por otro camino. Abandonando una esfera universal, *a priori* y unívoca, exterior, por tanto, a la realidad en cuestión, este camino se recorre en el interior mismo de dicha realidad: donde la verdad aparece (o no aparece) en la *manifestación* misma de la cosa de la que se trata, en la que hay (o no) donación de la verdad» (p. 45). Como se puede percibir aquí entre líneas, Gesché elabora el pensamiento teológico en diálogo fecundo y abierto con los mejores filósofos del siglo XX.

En el tercer capítulo, «El creyente hoy en una sociedad laica», Gesché plantea tres cuestiones: que hay una situación nueva; que podemos ensayar nuevos intentos; que debe haber unas palabras nuevas. El hilo conductor es la noción de «novedad», de algo nuevo. Ya no estamos en la «ciudad de Dios», ni en la cristiandad, ni en la Ilustración. «Para estar preparados no ya sólo con nostalgia, sino con honradez y satisfacción, para esta situación nueva, la fe y la teología tienen necesidad, también aquí y ahora, de una reflexión que garantice la racionalidad de este (nuevo) proceder y de esta (nueva)

presencia» (p. 100). Se han ensayado nuevos intentos. Para Gesché el terreno común de esos intentos es el de un humanismo: «Personalmente yo no dudo en afirmar que el hombre sólo tiene un único campo público común, el humanista, no regido ya ni por la Iglesia ni tampoco por una ‘iglesia’ laicista; un solo campo público humanista, en el que todos y cada uno tienen la posibilidad de vivir sus convicciones, de proclamarlas y de compartirlas» (p. 106). Para esto hace falta aclarar unas palabras o crear unas denominaciones nuevas, ya que las palabras *secularidad*, *secularización*, *recristianización*, *nueva evangelización* pueden convertirse fácilmente en eslóganes que no porten aquello que dicen. El programa es el siguiente: «deben reinventarse una nueva simbólica y un nuevo vocabulario de las relaciones entre religión y ciudad» (p. 111).

En el cuarto capítulo, «Los desafíos actuales y la fe del futuro», Gesché asegura que estamos ante «una hora decisiva» (p. 116) y que su pretensión es «tratar de entender *teológicamente* lo que pasa» (p. 116). Ante la ruptura o el fin de las ideologías y el crecimiento de los neoliberalismos (entender lo que sucede); hay que entender nuestros errores: «militantismo», sacralización, moralización, culpabilización o dolorismo, racionalismo, uso de las ciencias humanas como si fueran normativas. Y entender nuestras riquezas: se trata de no fallar a nuestra hora y de recuperar nuestras palabras. «Combatamos en los combates de todos los hombres, pero también con nuestra simbólica», pide Gesché (p. 149). Quizás este último sea el capítulo menos actual, ya que fue originalmente una conferencia en el contexto de la formación del clero de Bélgica en 1984, y la situación mundial, eclesial y teológica hoy ya no son las mismas.

Según Gesché, es tiempo de una nueva alianza entre mundo y fe. Este optimismo trama la matriz de todo su pensamiento. Y ve en esto una oportunidad para volver a encontrar el coraje de ejercer la fe y de pensarla con la teología, para que aquella no sea un mero grito inaudible para los contemporáneos, sino un ejercicio del Logos inserto en el tejido de la historia y del hombre mismo. Un libro audaz que invita a vivir con coraje y con pasión.